

LA VUELTA DEL SOLDADO SUIZO.



K. GIRARDET. 2

Impronta de BLONDEAU.

Dibujo de KARL GIRARDET, sacado de un cuadro de EDUARDO GIRARDET.

La anciana madre está hilando en el rincón mas apartado de la estancia; el padre cuya sordera le tiene sumergido en un silencio perpétuo, lee en voz baja la biblia de la familia, en cuyas márgenes se escriben las muertes, nacimientos y bodas; la niña sentada á sus piés está formando un ramillete con las flores que tiene en el delantal.

El sol está ya en el ocaso; una luz templada y uniforme, alumbra esta pacífica escena. Todo está sumergido en el silencio, tanto por dentro como por fuera; únicamente se oye el ruido monótono del huso, el de la hoja del libro santo, vuelta por la mano del viejo, ó las continuadas fiestas de la niña al perro que duerme debajo del sillón. Sin embargo, en medio de su recojimientto, cada una de esas

tres almas prosigue su pensamiento, y tres monólogos interiores se elevan al mismo tiempo como un coro misterioso.

El de la anciana madre es una plegaria.

— ¡Oh Dios mío! ten piedad de mi hijo, — decía para sí, — en medio de esa lucha que sostienen los hijos de la Suiza, haz que no hiera a nadie y que no le hieran a él! Devuélveme mi hijo fuerte y hermoso como me le diste, y pacífico y dulce como le ha hecho mi ternura.

Y mientras que la madre ora de este modo suspirando, el anciano con los ojos fijos en el libro de los Macabeos, repite en su corazón:

— La criatura interrogó su conciencia; ella le dictó su deber, y obedeció. Vivo, le estimaran sus hermanos; muerto, Dios le recibirá, porque en ambos casos habrá defendido lo que creía ser la verdad.

Por último, entre estas dos austeras meditaciones, el pensamiento de la niña volaba como la golondrina por encima de nuestros sombríos edificios.

— Mi hermano ha ido muy lejos, — murmuraba, — ¿qué me traerá a su vuelta? ¿Cristales de la montaña, juguetes esculpidos por los pastores, cintas bordadas de plata, ó hermosos libros con estampas doradas? ¡Ah! traigas lo que quieras, ven pronto hermano mío de mi corazón.

Y mientras aquellas tres almas parecían confundirse de este modo en un mismo recuerdo, se oyó resonar junto a la puerta un ruido precipitado de pasos... que se acercan: la puerta se abre, y se oye un grito! Él es: el hijo llorado, el hermano esperado con tanta impaciencia!... La anciana madre se levanta abriendo los brazos; la niña se inclina al oído del viejo para darle la fausta noticia, y hasta el perro sale de su escondite ladrando de gozo, en tanto que uno de los últimos rayos del sol en el ocaso entra por la puerta entreabierta para iluminar esta fiesta de la familia.

¡Oh! ¡cuántas lágrimas contenidas van a correr ahora! ¡cuántos abrazos! ¡cuántas preguntas! El joven soldado tendrá que contar todo lo que ha visto, todo lo que ha sufrido, todo lo que ha sentido y lo que ha hecho; pero puede hacerlo sin vacilar, porque nada tiene que ocultar. A cada cual de los que esperaban les trae un recuerdo a su gusto; a su madre le puede hablar de mujeres salvadas, de heridos socorridos; a su padre puede decirle que en lo más fuerte de la pelea su corazón latía pausado y tranquilo, y por último a su hermanita le puede dar para que juegue aquella escarapela de guerra inútil ya de todo punto. En cuanto a él conservará eternamente la memoria de aquella prueba, unida con el pensamiento de que entró en la lucha como un ciudadano y salió como un hombre.

EL DOCTOR BARNABE.

(Véase nuestro n. 44.)

Lo que voy a referir sucedió hace tiempo, cuando era yo joven todavía. La juventud es una fortuna que pertenece a todo el mundo, a los ricos como a los pobres, y que no se vincula en manos de nadie. Acababa de pasar mis exámenes, y bien persuadido de que, gracias a mi ciencia, los hombres iban desde entonces a dejar de morir, me vine a mi lugar a desplegar mi gran talento.

La población no está lejos de aquí. Desde la ventanita de mi cuarto descubría esa casa blanca por el lado opuesto al que se ve ahora. Ciertamente, mi lugar no os parecería hermoso si lo vieseis, pero yo le encontré magnífico, porque

había nacido en él y le quería. Cada uno tiene su manera de ver las cosas que le gustan, y se gobierna para que no dejen de gustarle. Algunas veces permite el Señor que se pueda hacer la vista gorda, porque sabe muy bien que en este mundo no siempre es conveniente el ver muy claro. Como iba diciendo, la comarca me parecía alegre y animada, y vivía contento en ella. Unicamente la casa blanca entristecía mis miradas cada vez que la descubría desde mi ventana; siempre estaba cerrada y silenciosa como una cosa abandonada. Jamás vi abrirse ni cerrarse sus ventanas, ni entreabrirse la puerta del jardín. Vuestro señor tío, que no sabía que hacer de aquella choza colocada junto a su castillo, trató de alquilarla, pero la puso a un precio demasiado elevado para que ninguno de nosotros hubiera podido tomarla. Así, pues, la casa permaneció vacía, hasta tanto, que una mañana cuando me desperté, vi una larga escalera en la pared, un pintor que pintaba de verde las ventanas, una criada limpiando los vidrios y un jardinero arreglando el jardín.

— Me alegro mucho, — dije para mí, — un buen techo como ese, deshabitado, no trae provecho a nadie.

De día en día noté que la casa cambiaba de aspecto; veíanse tiestos de flores en las ventanas; las calles del jardín, limpias de toda yerba, se cubrieron de arena, y el sol, que daba en los balcones, hacía brillar las cortinas de muselina blancas como la nieve. Por último, un día, una silla de posta atravesó la aldea parándose en la casita: ¿quiénes eran aquellos forasteros? Nadie lo sabía, aunque todo el mundo lo deseaba. Mucho tiempo pasó ignorándose lo que pasaba en la casa blanca; y ¡cuántos comentarios no se hicieron sobre aquel misterio! Unos creían que vivían en ella aventureros que querían ocultarse; otros que era un joven con su querida; todo se adivinó, excepto la verdad; porque la verdad es tan sencilla, que no se piensa siempre en ella, y una vez conmovido el ánimo, se busca a tuertas y a derechas, sin pensar en mirar de frente. Por mi parte me hice la siguiente reflexión: sean quienes quieran los que la habitan, con tal de que sean hombres, no estarán mucho tiempo sin padecer, y entonces me enviarán a llamar; por lo cual esperé ese momento sin impaciencia.

Efectivamente, una mañana vinieron a decirme que M. William Meredith me suplicaba que pasara a verle. Púseme mis mejores vestidos, y tratando de ponerme tan grave como lo requería mi estado, atravesé la aldea toda no sin un poquito de orgullo, hijo de mi importancia. Muchos envidiosos tuve aquel día; todo el mundo salió a las puertas para verme pasar, diciendo: «va a la casa blanca»; y yo sin apresurarme, desdénando aparentemente aquella curiosidad vulgar, caminaba no muy de prisa, saludando a mis vecinos y diciendo: «Hasta luego, hasta luego, porque tengo que hacer por la mañana», y de este modo llegué a lo alto de la colina.

Cuando entré en la sala de aquella misteriosa morada, me regocijé con el espectáculo que se presentó a mis ojos; todo era a la vez sencillo y elegante. El más bello adorno de aquella pieza eran las flores, colocadas con tanto arte, que ni el oro me hubiera parecido mejor: cortinas de muselina blanca en las ventanas y fundas de percal blanco en los sillones, eso era todo; pero veíanse por todas partes rosas, jazmines y flores de toda especie, como en un jardín. En medio de aquel ambiente perfumado se veía sentada en un sofá una joven blanca y fresca como todo lo que la rodeaba, que me recibió con una sonrisa; un hermoso joven

que se hallaba á su lado se puso en pié cuando anunciaron al doctor Barnabé.

— Caballero, — me dijo con un fuerte acento extranjero, — tanto se habla aquí de vuestra ciencia, que yo me prometía ver entrar á un anciano.

— Señor, — le respondí, — me he entregado con afán al estudio, y me hallo penetrado de la importancia y responsabilidad de mi estado; podeis confiaros en mí.

— Pues bien, — me dijo, — el estado de mi mujer necesita algunos consejos y precauciones. Ha nacido muy lejos de aquí, abandonando á su familia por seguirme, y yo no puedo darle mas que mi cariño porque carezco de toda experiencia. Cuento con vos, caballero, para preservarle, si es posible, de todo sufrimiento.

Y al decir esto, el joven fijó en su mujer una mirada tan llena de amor, que los grandes ojos azules de la extranjera brillaron con lágrimas de gratitud; enseguida dejando caer un gorro de niño que bordaba, cojió la mano de su marido y la apretó fuertemente entre las suyas.

Yo los miraba, sin envidiar su suerte; una especie de tristeza se apoderó de mí, sin saber por qué. Muchas veces habia visto llorar personas á quienes creía muy dichosas, y al ver sonreír á William Meredith y á su mujer, no pude ménos de decirme que debían tener grandes pesadumbres. Entónces me senté cerca de mi preciosa enferma, y puedo decir que en mi vida he visto una fisonomía tan bonita como la suya, con sus largos bucles de cabellos rubios.

— ¿Qué edad teneis?

— Diez y siete años.

— ¿El clima de ese lejano país en donde nacisteis, difiere mucho del nuestro?

— He nacido en América, en Nueva-Orleans. ¡Oh! ¡aquel sol es algo mas hermoso!

Y como si hubiera temido dejar traslucir en estas palabras un sentimiento de pesar, se apresuró á añadir:

— Pero cualquier país es bueno cuando se está en casa de un marido, esperando el nacimiento de un hijo querido.

Su mirada se fijó en los ojos de William Meredith, y despues pronunció en una lengua que yo no entendí algunas palabras tan dulces, que sin duda debieron ser tiernas palabras de amor.

Despues de una corta visita me despedí prometiendo que volvería.

Así lo hice, y al cabo de dos meses era casi un amigo de aquella casa. Ambos esposos no querían disfrutar de su felicidad como dos egoístas, sino que se acordaban un poco tambien de los demas, y adivinaron que el pobre médico de la aldea, no teniendo otra sociedad que la de los campesinos, miraba como una hora bendita aquella que pasaba oyendo hablar el lenguaje del mundo. Bien luego me contaron sus viajes, y con esa confianza instantánea que caracteriza á la juventud, me comunicaron los acontecimientos de su vida. La joven fué quien tomó la palabra, diciéndome:

— Doctor, muy lejos de aquí, allende los mares, tengo un padre, hermanas, una familia y amigos, á quienes he querido largo tiempo, hasta el día en que amé á William, época en que cerré mi corazón á todos los que no amaban á mi amigo. El padre de William le prohibió que se casara conmigo, porque era demasiado noble para la hija de un labrador americano, y mi padre me prohibió amar á William, porque era demasiado orgulloso para dar su hija á

un hombre cuya familia no le hubiese acogido con amor. Quisieron separarnos; por espacio de mucho tiempo suplicamos, lloramos y pedimos perdon á aquellos á quienes debíamos someternos; pero ellos permanecieron inflexibles, á pesar de lo cual nosotros continuamos amándonos.

— Doctor, ¿habeis amado alguna vez? Desearia que así hubiera sido, para que fueseis indulgente con nosotros. Nos casamos secretamente, huyendo despues á Francia. ¡Oh! ¡qué hermosa me pareció la mar en los primeros días de nuestro amor! ¡Las olas concedieron la hospitalidad á los dos fugitivos! Errantes en medio de los mares, á la sombra del velámen del buque, hemos pasado felices días, pensando en el perdon de nuestras familias, y no viendo en el porvenir mas que alegrías! Pero ¡ay! no ha sido así. Intentaron el perseguirnos, y apoyados en cierta irregularidad de forma en nuestro matrimonio clandestino, la ambiciosa familia de William concibió la idea cruel de separarnos. Entónces vinimos á ocultarnos en las espesas sombras de estas montañas y estos bosques, y con un nombre supuesto, vivimos ignorados aquí. Mi padre no me ha perdonado... ¡me ha maldecido!... y he aquí el motivo, doctor, de que nunca puedo sonreirme, ni aun al lado de mi querido William!

¡Dios mio, cuánto se querían! Imposible seria encontrar un alma entregada á otra mas completamente, que lo estaba la de Eva Meredith á la de su marido. Fuese cual quisiera la ocupacion de William, Eva se colocaba siempre de manera que pudiera, con solo levantar los ojos, mirar y ver á su marido. No leía mas que el libro donde leía él; con la cabeza inclinada sobre el hombro de William, sus ojos iban siguiendo las líneas en que los ojos de él se detenían, porque queria que los mismos pensamientos llamasen su atencion al mismo tiempo, y cuando yo atravesaba el jardín para llegar á su casa, me sonreía al distinguir siempre en la arena de las calles, la huella del piecito de Eva junto á la de los pies de su marido. ¡Qué diferencia entre esa casa vieja y solitaria que está allí enfrente, y la bonita estancia de mis jóvenes amigos! ¡cuántas flores cubrían las paredes! ¡cuántos ramilletes en todos los muebles! ¡cuántos preciosos libros llenos de historias de amor, parecidos á sus amores! ¡cuántos alegres pájaros cantando en su derredor! ¡Qué bueno era vivir allí, siendo amado un poco por aquellos que tanto se amaban! Pero dicen con mucha razon que no hay muchos días dichosos en la vida, y que Dios no derrama la felicidad á manos llenas.

Una mañana, Eva Meredith me pareció algo mala, y preguntándola lo que tenia con todo el interes y afecto que la habia cobrado, me respondió bruscamente:

— Doctor, no busqueis tan lejos la causa de mi mal; no me tomeis el pulso, es mi corazón que palpita demasiado fuerte. Decid si quereis que soy una niña, doctor, pero estoy apesadumbrada porque William me va á abandonar; tiene que ir al otro lado de la montaña, á la ciudad, á tomar un dinero que nos han enviado.

— ¿Y cuando volverá?

Eva se sonrió, y enrojeciendo un poco, me contestó con una mirada que parecia querer decir, no os riáis de mí, — ¡Volverá esta tarde!

No pude impedir el sonreirme á pesar de la mirada que me imploraba.

En aquel instante un criado trajo al peristilo el caballo que iba á montar William Meredith. Eva se levantó, bajo al jardín, se acercó al caballo y acariciándole las crines,

inclinó su cabeza sobre el cuello del animal, acaso para ocultar algunas lágrimas que se escapaban de sus ojos. William se lanzó sobre el caballo, y levantó blandamente la cabeza de su mujer.

— ¡Qué niña eres! — la dijo mirándola con amor, y besándola en la frente.

— ¡William! Nunca nos hemos separado por tantas horas como esta vez.

M. de Meredith inclinó su cabeza hacia la de Eva, y besó nuevamente sus rubios cabellos; después metió las espuelas al caballo y partió á galope. Estoy cierto de que marchó muy conmovido; nada es tan contagioso como la debilidad de las personas á quienes se ama; las lágrimas provocan las lágrimas, y ciertamente no es muy envidiable ese valor que presta fuerzas para permanecer con los ojos enjutos en presencia de un amigo que llora.

Pasé el día encerrado en mi cuarto, y ya acababa de terminar mi cena frugal, cuando vinieron á suplicarme de parte de madama de Meredith que pasara á su casa. En cinco minutos me puse allá. Encontré á Eva sola todavía, sentada en un sofá, sin hacer nada, pálida y temblorosa.

— Doctor, doctor, — me dijo con acento conmovido, — no puedo estar mas tiempo sola; ¡qué tarde es ya! ¡hace mas de dos horas que debería estar aquí, y no ha llegado aun!

Confieso que aquella prolongada ausencia de M. Meredith, me sorprendió algun tanto, pero á fin de tranquilizar á su mujer, respondí con presteza:

— ¿Quién sabe lo que habrá tenido que detenerse en la ciudad para acabar sus negocios? Habrá tenido acaso que esperar al notario porque estaba fuera y...

— ¡Ah doctor! Ya sabia que tendríais siempre algunas palabras de consuelo que decirme, y por eso no he vacilado en mandaros á llamar: necesitaba oír que era una niña temblar como yo tiemblo. ¡Qué largo se me ha hecho el día! Decidme doctor, ¿cómo puede haber personas que viven solitarias? ¿Cómo no se mueren al instante, como si se las privara de la mitad del aire necesario á la respiración? ¡Ya están dando las ocho!...

En efecto las ocho daban en aquel momento, y por mi parte puedo asegurar que no comprendía la tardanza de William. A todo evento, dije á madama Meredith:

— Aun es de día, y el tiempo está hermosísimo; venid á respirar conmigo el buen olor de vuestras flores; iremos por el lado del camino, para encontrar á vuestro esposo.

Eva me tomó el brazo y salimos al jardín. Yo trataba de llamar su atención hacia los objetos que la rodeaban; ella me respondió al principio como un niño obediente, pero bien luego noté que su pensamiento no debía estar acorde con sus palabras: su inquieta mirada permanecía fija en el sitio donde se había despedido de William. Por último se apoyó en la pequeña verja de madera que cerraba el jardínillo, dejándome hablar y sonriéndose de tiempo en tiempo como en acción de gracias, porque á medida que iba pasando el tiempo perdía las fuerzas para responderme. Sus ojos seguían en el horizonte al sol en el ocaso, y las blanquecinas tintas que sucedían al brillo de sus rayos, marcaban de un modo cierto el transcurso del tiempo. Todo se iba oscureciendo en nuestro derredor; el camino que descubríamos á través del bosque, desapareció á nuestros ojos entre la sombra de los copudos árboles, y el reló de la aldea dió las nueve. Eva se estremeció, y yo mismo, sentí que cada campanada me iba derecha al corazón. Mucho me compadecía de lo que debía padecer aquella mujer.

— Hacedos cargo, — le dije procurando calmar aquella inquietud en que se hallaba y que se manifestaba en todas sus facciones, — de que M. Meredith tiene que venir al paso, porque el camino del bosque está cortado mil veces con rocas que no permiten el andar de prisa.

Yo la decia esto porque era necesario tranquilizarla, pero lo cierto es que no podía explicarme á mí mismo una ausencia tan prolongada. Conociendo muy bien la distancia, sabia que habia tiempo ya para haber ido y venido dos veces de la ciudad á la casa, desde que William salió por la mañana. El rocío de la noche principiaba á humedecer nuestros vestidos, y particularmente la muselina que cubria á la jóven. Entónces tomé su brazo y la llevé hacia la casa; ella me siguió docilmente, porque tenia uno de esos caracteres débiles y obedientes hasta en el dolor. Eva andaba lentamente con los ojos fijos en las huellas que habia marcado en la arena el caballo de su marido. ¡Qué triste era volver á entrar en casa ya de noche, sin haber parecido William todavía! En vano prestábamos el oído; la naturaleza toda se hallaba sumergida en ese profundo silencio nunca interrumpido en los campos cuando llega la noche. ¡Cuánto se aumenta en ese instante todo sentimiento de inquietud! La tierra se presenta tan triste en medio de la oscuridad, que parece querernos decir que todo se oscurece tambien en la vida. La vista de aquella jóven me sujirió todas estas reflexiones, que seguramente no se me hubieran ocurrido nunca estando solo.

Juntos entramos en la casa. Eva se sentó en el canapé y permaneció inmóvil, con las manos cruzadas sobre las rodillas, y la cabeza caída sobre el pecho. Habían puesto una lámpara en la chimenea, y la luz le daba de lleno en la fisonomía. Nunca olvidaré aquella dolorosa espresion; estaba pálida, enteramente pálida; la humedad de la noche habia alojado los bucles de su cabellera, que caían en desórden sobre sus hombros; veíanse brillar en sus párpados algunas lágrimas, y el temblor de sus descoloridos labios dejaba adivinar los esfuerzos que hacia para contener su llanto, y como era tan jóven, su dulce fisonomía presentaba el mismo aspecto que la de un niño á quien se ha prohibido llorar.

Yo principiaba á turbarme y á no saber que hacer ni que decir. De repente me acordé (pensamiento de médico) que en medio de sus inquietudes, Eva no habia tomado nada desde por la mañana, y en el estado en que se hallaba era imprudente prolongar mucho tiempo mas aquella falta de alimento. A la primera palabra que pronuncié con respecto á esto, ella alzó los ojos como reconviéndome, y el movimiento de sus párpados hizo correr dos lágrimas por sus mejillas.

— ¡Por vuestro hijo! — le dije.

— ¡Ah, teneis razon! — me contestó levantándose para pasar al comedor; pero allí se encontró con que habia dos cubiertos puestos á la mesa, lo cual, en aquel momento me pareció tan triste, que me quedé petrificado y mudo. La inquietud que me iba entrando por momentos me ponía torpe hasta lo sumo, bien que yo no haya sido nunca bastante diestro para poder decir lo que no pienso. El silencio se prolongaba, y sin embargo yo conocía que mi deber allí era consolarla, puesto que para eso me habia llamado. Entónces buscaba en mi mente alguna razon para explicar aquella tardanza... buscaba... buscaba... y después me quedaba silencioso, maldiciendo mil veces en un minuto la falta de recursos intelectuales del pobre médico de la aldea.

(Se continuará.)

UNA ALDEANA YENDO AL MERCADO.



FREEMAN, DEL.

ED.

Imprenta de BLOISE.

Dibujo de FREEMAN, tomado de CORBOUL.

Está principiando á salir el sol; los pájaros saludan la mañana sacudiendo sus alas húmedas de rocío; oyense en el camino las campanillas de las mulas, y las ligeras columnas de humo que se ven á lo léjos indican los cortijos ocultos entre las hojas: todo se anima y se despierta; el

dia vuelve á poner al hombre en posesion de su dominio terrestre.

La jóven aldeana se ha puesto ya en camino para la ciudad. Con los piés desnudos y el vestido corto, atraviesa con presteza el erial florido. Las violetas que va pisando,

exhalan en su derredor sus dulces aromas; la ojiacanta movida por la brisa, la saluda á su paso; el naciente sol la envuelve en una dorada transparencia, y los pajarillos, cuyos nidos cuida, gorjean alegremente sobre su cabeza. De este modo camina la jóven aldeana como llevada en una ola de luz de perfumes y de melodías: todas las alegrías de la creación que la rodean se reflejan en su alma pura y trasparente como el cristal, y estraña á todas las previsiones, cumple sin titubear y sin tristeza, su tarea cotidiana; nuestra jóven aldeana personifica la confianza injenua que se ocupa de su deber de cada día, dejando á Dios la presciencia del porvenir.

INTELIGENCIA DE LOS ELEFANTES.

El teniente Th. Bacon, en sus *Primeras impresiones y estudio de la naturaleza en la India*, cuenta que un día en una cacería, montado sobre el elefante *Bransmalti* perteneciente á la comisaría de la compañía, habia perdido una clavija de madera de su *tehatta* (especie de sombrilla que se usa en el país.) Al atravesar un bosque, dice, corté una rama de un árbol para hacerme otra, pero como era demasiado verde y no pude servirme de ella, mandé al *mahaut* (ó guía de mi elefante que se detuviese y me buscara un pedazo de madera bien seca. El hombre me respondió que sin dejar de andar el elefante encontraría una, y al decir esto, el *mahaut* dió un golpe al elefante con su martillo de mando, para despertar su atencion, haciéndole entender á su manera que se necesitaba alguna cosa. El elefante cojió en seguida un puñado de hoja seca, que el guía volvió á echar al suelo, y luego otro puñado de tierra con el que hizo lo mismo; uno ó dos martillazos acompañados de una sarta de injurias hicieron comprender al pobre *Bransmalti* que estaba muy torpe aquel día. Poco tiempo despues el elefante presentó un pedazo de madera grueso como el puño, y el *mahaut*, haciendo muchos elogios al animal, le dió á entender por señas que era demasiado grueso; por último, modificando de este modo sus instrucciones, logró que el animal buscara su pedazo del tamaño conveniente, sin que tuviese que detenerse un solo instante.

Otra vez viajaba con uno de mis amigos que tenia un caballo tan travieso que tenia que ir siempre con bozal, sin quitársele mas que cuando le daba de comer el palafrenero, que era el único que podia acercarse á él: para limpiarle habia que atarle con una cadena la cabeza y los piés. Una noche que estábamos sentados mi amigo y yo junto á una tienda, observando lo que tenia que trabajar el palafrenero para volver á poner el bozal al caballo despues que hubo comido, vimos de repente al animal arrancar las estacas en que estaba fijada la cadena, echarse sobre el palafrenero, arrojarle al suelo y principiar á devorarlo con sus dientes; á pesar de nuestra intervencion, indudablemente el palafrenero hubiera perecido, á no ser porque uno de nuestros elefantes que notó lo que pasaba vino apresuradamente á libertarle. Este hecho es tanto mas digno de llamar la atencion, cuanto que los elefantes tienen una grande antipatia por los caballos y huyen de ellos lo mas que pueden.

Algunos dias despues fuimos testigos de otra prueba de la rara inteligencia del mismo elefante. En una aldea llamada Mangabré, se cayó en un pozo un perrillo perteneciente á mi amigo sin que ninguno de nosotros lo notara, pero el elefante que sin duda habia visto ó oído caer al po-

bre animal, corrió hácia el pozo y se puso á patear y á gruñir como pidiendo socorro. El *mahaut* estaba dormido, y nadie se cuidaba de la agitacion del elefante, suponiendo que estaba pidiendo su racion de agua. El inteligente animal, comprendiendo esta indiferencia, se fué en derechura á donde estaba echado su guía y le despertó haciéndole entender con sus movimientos que le siguiera en direccion al pozo. De este modo se supo la desgracia del perro, y se le pudo salvar.

Lo mas sorprendente, dice el teniente Bacon, no es tanto la inteligencia y el pronto discernimiento de un solo elefante en ejemplos como los citados, sino la sagacidad jeneral y comun á la especie toda. Un elefante que vuelve al campo despues de un día entero de trabajo y de fatiga, muerto de sed y hambriento, no toca sin embargo á la comida que tiene delante mientras siente que está sudando, quedándose á veces una media hora esperando á serenarse. En la India, un elefante domesticado consume cada día unas veinte libras de harina en tortas gruesas y aplastadas; pero su principal alimento consiste en la verde hojarasca que trae por sí mismo del bosque, y que se come con las tortas. Ningun animal es tan razonable como el elefante acerca de la comida; sumisos á las menores órdenes de sus guías, nunca dejan de abandonar el pedazo que tienen en la boca, por grande que su hambre sea, con tal de que vean que van á guardárselo para despues en un sitio seguro.

Es ciertamente muy curioso el observar la circunspeccion con que un elefante camina por un terreno quebrado: en el instante en que tiene alguna duda sobre la firmeza del suelo, la hace conocer por medio de un gruñido espresivo, y parándose en donde está. Entónces es muy peligroso obligarle á seguir, porquiesiendo valeroso por naturaleza, cuando retrocede es porque está cierto del peligro. Si por desgracia se halla metido en un terreno de arena movediza, el que lo monta corre el riesgo de ser desmontado y arrojado bajo sus piés, como cualquier otro objeto que pueda servirle de punto de apoyo.

Un día, continúa el teniente Bacon, volvia con mis camaradas de una cacería de tigres; despues de haber esplorado el terreno durante muchas horas y cansados ya de la esterilidad de nuestra excursion, dormitábamos en nuestras literas sobre los elefantes que caminaban al paso tranquilamente por ambos lados del camino, cuando de repente nos despertamos sobresaltados por el ruido sordo de nuestros elefantes, que huían rápidamente sin que nos fuese dado saber cuál era la causa de su espanto. Al cabo de algunos instantes vimos que el terreno en que nos hallábamos se estendia en ondulaciones semejantes á las de las olas del mar; estábamos sobre una playa de arena movediza, y la menor perplejidad de parte de nuestros elefantes nos hubiera sumergido en el abismo, porque su peso hubiera bastado para romper la corteza que cubria la arena. Aquellos inteligentes animales, habiendo previsto todo el peligro, se pusieron á trotar inmediatamente, teniendo cuidado de separarse gradualmente unos de otros, de cuyo modo continuaron marchando hasta que nos hallamos en tierra firme. Para apreciar todo el discernimiento del animal en esta ocasion, apuntaremos aquí que ningun elefante, tomado individualmente, corria el menor riesgo, porque la corteza era bastante fuerte para soportar el peso de cada uno por separado. Así se concebirá fácilmente que, notando la problemática solidez del terreno, acelerasen el paso para salir lo mas pronto posible del peligro; pero lo mas notable aun

es que sintiesen la necesidad de separarse y tomar distintas direcciones en vez de reunirse como hacen casi siempre los demas animales, cuando algun riesgo les amenaza.

A estos recuerdos tomados de la obra del teniente Bacon, nosotros podemos añadir los siguientes hechos que hemos oido contar á un oficial superior inglés que pasó muchos años de su vida en la India. Parece que allí emplean los elefantes en el servicio de la artillería, pero en vez de engancharlos á los cañones los hacen llevar las piezas por delante repujándolas con sus frentes, lo cual al cabo de cierto tiempo debe cansarlos mucho. Algunas veces para sostener el moral de los elefantes, si podemos explicarnos así, los soldados les prometen aguardiente, promesa que el elefante comprende perfectamente, porque en cuanto se concluye el trabajo exige que se le cumpla y no cesa de atormentar é importunar al que lo cuida, hasta que se le da su ración de brandy.

El precio de un elefante domesticado y enseñado en la India varia desde 800 á 3,000 rupias (una rupia vale 2 frs. 50 c.) segun la edad, el cuerpo y las cualidades del animal. Por término medio cuesta unas mil ó mil quinientas rupias; por esta última suma se puede tener un buen elefante de caza.

LA BANDERA DE SANTA EULALIA.

Existe en Barcelona una enseña gloriosa, que ondeó triunfante por las provincias catalanas, y que trae á la memoria las proezas de los que militaron bajo su sombra. Delante del estandarte de la heroica Barcelona, Santa Eulalia, no habia catalan que no se sintiese inflamado para combatir por su rey, por sus leyes hasta derramar la última gota de su sangre, y mengua y deshonor hubiera sido para todo catalan, retroceder á la vista del peligro, mientras ondeaba al viento la bandera de la virgen barcelonesa, la cual siempre volvia á ser depositada en el consistorio, triunfante y gloriosa.

Creemos que por via de recuerdos históricos serán leídas con gusto las siguientes noticias acerca de la ceremonia de sacar esta bandera (que era la misma que fué enarbolada por casos de guerra).

Salía la enseña de Santa Eulalia de la pieza en donde se celebra el consejo ordinario de los treinta y seis, acompañada de los concellers, de mucha nobleza, capitanes y ente de guerra del tercio de los naturales, cuando lo tenia formado al son de menestriles, clarines y cajas, y se subia á la ventana mas cercana á la puerta mayor, en donde se enarbolaba, estando formados en hilera dichos militares permaneciendo en ella hasta que se ofrecia ocasion de salir de la ciudad.

El número de jente que se alistaba bajo la bandera de Santa Eulalia, era segun los casos y urgencias que ocurrían, pues que algunas veces salían con menos número que en otras. La menor parte de los alistados era la que corria por cuenta de Barcelona, porque los mas se les iban incorporando de las ciudades, villas y lugares del Principado.

Toda esta jente, es decir, la que levantaba la ciudad, era mantenida del sueldo que esta les daba, que ordinariamente eran dos reales diarios de socorro. La demas iba pagada por cuenta de sus comunas.

El gobierno de los alistados corria á cargo de los cabos que nombraba la ciudad, y no se ha hallado ejemplar que explique otro modo de gobierno.

Entre las varias épocas en que se ha enarbolado la bandera de Santa Eulalia, son notables:

El 23 de agosto de 1361, en que salió contra los franceses que habian entrado en los Estados del Rosellon, y llegado hasta la ciudad de Gerona.

En el año 1402 en que salió con diez mil hombres entre infantería y caballería y llegó hasta Tarrega.

En 20 de abril de 1473 salió y llegó hasta Perpignan para combatir á los franceses.

En el año 1588, despues de haberse enarbolado y alistado muchos millares de soldados para ir contra la ciudad de Tortosa, no salió de Barcelona por haber cesado el motivo por el cual se enarbolara.

En 1597, habiendo entrado los franceses en el Rosellon y amenazando sitiá la villa de Perpignan, fué enarbolada la bandera de Santa Eulalia, y aunque no salió de la ciudad, lo verificó empero la jente que se habia alistado para ir al socorro de aquella villa.

Durante el siglo XVII fué tambien enarbolada la misma bandera por distintas causas, y en la última época del gobierno de nuestros concellers, mientras la horrorosa lucha de la casa de Austria con la de Borbon, en el pasado siglo, en la que quedaron anulados los fueros y privilegios del Principado, para defender estos, y por no faltar los catalanes al juramento de fidelidad que habian prestado al archiduque Carlos, murieron como valientes en gran número al pié del asta que sostenia la enseña de su virgen protectora, así en los picachos de las elevadas montañas de nuestro pais, como en las murallas, en las plazas y en las calles de Barcelona, las cuales solo pudieron pisar los vencedores regándolas abundantemente con su sangre mezclada con la de sus heroicos defensores.

JUAN LEPAUTRE.

La proteccion que Luis XIV dispensó á las artes, con una prodigalidad y munificencia sin igual, dió por resultado el multiplicar el número de artistas de talento que por el mérito y variedad de sus producciones, tanto contribuyeron á ilustrar aquella memorable época. En derredor de los eminentes arquitectos que entonces florecieron, se ve una serie de artistas de otro jénero, aunque siempre concerniente á la arquitectura, que supieron adquirir una reputacion mas ó menos merecida. Entre estos se puede colocar en primera línea al arquitecto, dibujante y grabador Juan Lepautre.

¡Cuánta gracia, cuánto vigor y cuánta riqueza de invención descuellan en sus obras! Juan Lepautre no empleó su tiempo, en medir los órdenes antiguos, ni en plajiar los ornatos romanos; Lepautre se mostró frances, y de la sociedad de su tiempo. En Versailles fué donde Lepautre compuso en toda libertad lo que creía mas en armonía con la grandeza de las ideas que reinaban en el círculo en que vivia. Todos los asuntos de ornato le eran familiares; nada se resistió á su dócil é infatigable lápiz, y por eso sus composiciones se cuentan por millares, siendo tan numerosas como variadas. Nacido en 1617, entró á trabajar en su juventud en casa de un ebanista quien le enseñó los primeros elementos del dibujo; pero bien luego Lepautre llegó á ser no solamente un dibujante de mérito sino un grabador de los mejores, y dotado de este doble talento publicó un infinito número de ornatos arquitectonicos, comprendiendo una porcion de asuntos, como interiores de aposentos, techos, chimeneas, jarrones etc. que reve-

lan de su parte una imaginación de las mas fecundas.
 Juan Lepautre no fué arquitecto propiamente dicho,
 pero merece ocupar un puesto aparte en aquella memora-

ble época por la inmensa influencia que ejerció en las ar-
 tes y en los artistas contemporáneos.

En 1677 entró en la Academia y murió en 1682.



Siglo XVII.—Dibujo de un jarrón, por JUAN LEPAUTRE.

Imprenta de HONDEAT.